



## HOMILÍA

Rvdmo. P. Abad, Dom Anselmo Álvarez Navarrete

### Jueves Santo

5 de abril, 2007

En estos días pascuales –del Jueves Santo al Domingo de Resurrección- vamos a tener la posibilidad de entrar nuevamente en el misterio central de Jesús y en los acontecimientos que conciernen de manera fundamental a la humanidad. Sucesivamente vamos a presenciar, mediante las realidades de las que Cristo va a ser el protagonista personal, la institución de la Eucaristía, la pasión y la muerte de Jesús y su resurrección de entre los muertos.

Ellos representan los hechos constitutivos de la nueva y definitiva Alianza que Dios ofrece a la humanidad. En ella Cristo se hace a Sí mismo vida propia de los hijos de Dios, se convierte en víctima expiatoria de nuestros pecados, en primogénito de los muertos y primicia de la resurrección, según un orden de realidades que son superiores a las de la propia Creación.

Si tenemos en cuenta que la relación entre Dios y el hombre representa el núcleo sobre el que gira el proceso de la evolución humana, desviada muy tempranamente por el pecado del paraíso, será fácil comprender la trascendencia de esta intervención divina para devolverla a la armonía de la que se apartó. Sin duda, la pérdida de esta perspectiva ha conducido al trastorno profundo que registran tantos momentos de esa evolución, y desde luego el nuestro.

Hoy es por excelencia el día en que la Iglesia, desde el primer Jueves Santo, centra su atención en el misterio de la Eucaristía para reavivarlo en el corazón de los cristianos. En todos los tiempos la Eucaristía ha sido el eje de la vida de la Iglesia, y en una medida y forma que apenas podemos imaginar, también de toda la humanidad. Todos los que a lo largo del tiempo han formado parte del pueblo de Dios han sabido que ella constituye el centro de su fe y la fuente de la vida de la Iglesia y del mundo. Porque la Iglesia y el mundo viven de la Trinidad, viven de Cristo, y viven de la Eucaristía, es decir, de la vida de Dios, que es la que nutre la vida al mundo.

Todo lo que está destinado a la Iglesia está destinado también al mundo: su fe, sus sacramentos, la gracia, el Evangelio, Cristo. Todas estas realidades, que son las riquezas por excelencia salidas de las manos de Dios, tienen por destino a todos los hombres, porque los hombres hemos sido puestos en la vida no únicamente para ser habitantes pasajeros del mundo, sino para participar ya desde ahora en una vida y un mundo distintos y superiores, completamente reales, precisamente el mundo y la vida de Dios.

Esos son los tesoros que se condensan en la Eucaristía y que se multiplican por cada Misa que se celebra, por cada comunión en que se participa y por cada sagrario donde se mantiene viva la presencia del Santísimo Sacramento. Por eso, hoy es fiesta de la humanidad, porque toda ella fue invitada, en aquella tarde del Jueves Santo, a sentarse a la mesa de Dios y a participar en el manjar servido por Él: su propio Cuerpo y Sangre, que es el Pan de vida eterna y el Cáliz de eterna salvación.

Esta participación en la vida de Dios fue la verdadera finalidad de la creación del hombre. La Eucaristía es el mensaje y el ofrecimiento de vida que Dios hace a los hombres en todos los tiempos, pero especialmente cuando éstos se afanan con todas sus fuerzas por disfrutar de una vida de la que finalmente se quedan con la experiencia del vacío, porque en ella no estaba la vida, sino su simulacro. En cambio, en Él, en Cristo, está la Vida, la vida que es Luz y alimento de los hombres. Porque el Verbo se hizo carne, y la carne se hizo Eucaristía, y la Eucaristía se hace vida verdadera de los hombres.

No hay riqueza, ni posesión, ni vida comparable a la que el hombre encuentra en torno a la mesa del Señor, que es el anticipo de la mesa eterna en la que Dios nos servirá, y nos sirve desde ahora, el Pan y el Vino de la inmortalidad, el alimento capaz de saciar las infinitas necesidades y aspiraciones de cada corazón, y de responder sin límite a los deseos del espíritu humano.

Pero en un día como hoy debemos preguntarnos si nuestra generación sigue comprendiendo el mensaje de la Eucaristía. Si entendemos que ella es el sustento primordial para quienes este es un tiempo de soledad y desierto, pero también y sobre todo para los que se sienten saciados y colmados, o aspiran a estarlo, para los que tienen sus graneros llenos pero sus espíritus vacíos.

Debemos preguntarnos si entendemos el contraste entre la cercanía que Dios busca con nosotros y la lejanía que nosotros profundizamos cada vez más frente a Él. La Eucaristía evidencia su insistencia en permanecer con nosotros más allá de todo alejamiento y desdén, de toda indiferencia o menosprecio hacia ella, es decir, hacia Él mismo.

Dios se llama a Sí mismo como el Dios con nosotros. En la Eucaristía es, todavía más, el Dios en nosotros. Él mismo estableció que la Eucaristía fuera su *Memorial*: el recuerdo y la presencia siempre actuales de su Pasión y Muerte, de su Resurrección; memoria de Dios, que se hizo protagonista de estos acontecimientos, y con Él memoria del hombre, de cada hombre, pues ellos son el objeto central de ese acontecimiento de salvación.

Pero, entretanto, nosotros estamos perdiendo la memoria de Dios en nuestra vida y la conciencia de la presencia de Cristo en la Eucaristía. Y ocurre que mientras estas realidades nos resultan cada vez más distantes e imaginarias, el mundo se muere de hambre, física o espiritual, mientras tiene delante la mesa de Dios, y sigue recibiendo, como en la parábola del Evangelio, la invitación a entrar en la sala del convite. Sólo se nos pide una condición: llevar el vestido adecuado, el vestido interior de una conciencia purificada y reconciliada con Dios, que es lo que Jesús quiso significar en el lavatorio de los pies, en la última Cena.

Nosotros lo vamos a repetir ahora con algunos niños de la escolanía. Jesús quiso lavar en los apóstoles los pies de toda la humanidad: sus pecados, sus impurezas, las

heridas causadas en sus pies y en su espíritu durante el escabroso camino de la vida, para así participar dignamente en el banquete eucarístico.

Que “la celebración de estos misterios nos lleve a alcanzar la plenitud de su amor y de su vida” (oración Colecta).